



GUÍA DEL TRABAJADOR

BOLETÍN DEL
ATENEO OBRERO DE MAHÓN

CIENCIAS .. LITERATURA .. ARTES

Año III. • N.º 21 • Septiembre 1912 • 10 cts.

La mujer obrera

Estudio del natural

HACE tiempo que mi humilde pluma dedica unos trabajos relacionados a la educación de la mujer: para ello publiqué una serie de artículos titulados: «La mujer del siglo XX» y «Psicología femenina», pero mis escritos hablaban a la parte alta de la sociedad, a la que destina grandes cantidades para la educación e instrucción de sus hijas: nada dediqué a la mujer del pueblo; ni una palabra tuve para la mujer obrera.

Quería estudiar mejor su vida, sus costumbres y hasta sus inclinaciones y sus instintos. Mi corazón la adivinaba sufriendo, y la verdad, para las lágrimas hay que destinar un sitio preferente. Así, pues, quiero preferentemente también dedicarla mis pen-

samientos y... ¡quién sabe! tal vez con el tiempo hasta mi ayuda... ¿acaso no son mis compañeras? También como ellas trabajo, y quizás pueda hacerles un bien con mis palabras, con mis consejos que, aunque débiles, les podrán ser útiles; y además, presentando ante la sociedad sus penas, sus dolores ocultos, sus horribles llagas. Yo he presenciado el gesto de desdén y hasta de repugnancia que les han dirigido, yo he escuchado el lenguaje soez con que las han vituperado, yo he visto a veces enjugar con la punta de su delantal, las lágrimas del insulto injusto que en tristes ocasiones las han dirigido.

Desde que la hermosa y celestial figura de María se destacó en la dolorosa cima del calvario, la mujer fué rehabilitada, y ocupó en el hogar el digno y elevado sitio que la correspondía. Más tarde, y después de ser la compañera del hombre, las civilizaciones de las distintas razas la empujaron en los

siglos que se sucedieron y recibió más o menos dignidad o culto.

Pero llegaron los albores del siglo XX, y de la América del Norte primero; vinieron los grandes gritos subversivos que repercutieron en toda Europa después.

La mujer, no se contenta con lo obtenido hasta hoy; examina sus facultades, y éstas la ofrecen un admirable espectáculo. ¡Imaginación, ingenio, talento, sutileza del buen gusto y del buen sentido! ¿Qué hacer con todos estos tesoros ocultos en el fondo de nuestras almas?... A la educación e instrucción corresponde cultivar todos estos dones, que nos pueden elevar y hacer competir con el hombre!

Y empieza la lucha del *Feminismo*: es decir, empieza el desbarajuste de querer la *debilidad* competir con la *fuerza*: la lucha de la independencia, entre esclavos cargados de cadenas.

Sé muy bien que esta frase mía no encaja con los gustos modernos; pero no hago más que seguir mi propio pensamiento, aunque éste sea discutido.

¡Tiene la mujer instruída y educada tantas misiones que cumplir, sin necesidad de combatir ni hacerle oposiciones al hombre! Siendo *esclavas* desde que nacemos, podremos ser *Reinas*, sin salir del perímetro que Dios nos ha marcado. No es el mundo ni la sociedad la que nos quita la libertad de acción; es otro Sér superior el que marcó nuestro destino, cargándonos de altos y sagrados deberes que nos imposibilitan para la independencia; y sólo podremos gozar de ésta si los cumplimos todos, sin olvidar uno solo. Convertimos al hombre en fuerte y robusto tronco, por la primera educación del hogar, por la de la madre, y después será la mujer la que, transformada en alegre hiedra o en olorosa enredadera, subirá enlazándose por su pie hasta sus ramas y formará festones de flores y verduras durante los años de su vida...

¿Quedamos por esto rebajadas o destituidas? En la semilla está la planta, en la planta la flor, y en la flor el fruto. Seremos siem-

pre la madre del sabio, del artista, del héroe, del obrero.

Pero no sé cómo se enredan entre los frutos de las plumas las ideas; no es este mi tema de hoy; lo dejo para otra ocasión. Hoy quiero presentar a la Obrera, a la mujer tan injustamente considerada, y que sin duda es tal vez desconocida, moral y materialmente, de gran parte de la sociedad.

Considerad a la niña que cual rosado capullo brota de las entrañas de su madre; contemplad a ésta, viviendo entre el ruido insoportable de las máquinas, que durante el período de la gestación ha tenido en tensión constante sus nervios; miradla sin tener opción a retirarse cuando siente mareos y cansancio, cuando no pueda resistir el olor insoportable de las dinamos... Vedla después en el estado de alumbramiento, mal asistida por una vecina que a veces la dará agua caliente en vez del substancioso caldo, y que pocos días después se levanta a continuar las tareas, dejando al tierno vástago al cuidado y vigilancia de una anciana torpe, o de una niña que juega. ¿Qué hacen estos seres si el pobre bebé llora? Pues aplicarle el primer engaño a la boca, convertido en un trapo con pan mojado en agua para que chupe, y acostar el delicado sér sobre un montón de trapos, mientras las moscas acuden a hacerle compañía, cubriendo aquel angelical rostro. La campana anuncia la salida de los obreros, y la niña es entregada en brazos de la madre, que aun llenándola de besos y caricias, sólo la ofrece un alimento pobre, deficiente; porque aquella leche, ajetreada por el trabajo y la atmósfera respirada, han viciado las buenas cualidades de la sangre y la han quitado todas las saludables condiciones de nutrición.

¿Qué come la pobre obrera que carece de tiempo? Su casa está sucia, su hogar apagado, su lecho frío...

Va a la taberna cercana, donde hacen su *agiotage* nuevos comerciantes del estómago del pobre, y compra un trozo de bacalao o carne, que se ignora su procedencia, y a veces sólo alcanzan los céntimos a un trozo de

pan con tomate y aceite. Pero alegre y risueña, eso sí, ignorante de su propio dolor, ríe con sus compañeras, y hasta come camino de la fábrica, porque el tiempo que la dieron para comida y descanso, los empleó en lavar el pañal del hijo, si es madre, o en la blusa que se pondrá su esposo el domingo por la tarde. Así esta mujer, es hija para trabajar y dar su producto, es esposa por instinto y madre por naturaleza.... Y como los sentimientos todos son ahogados al nacer, el corazón casi no late para nada noble; y así el amor a Dios y la caridad para el prójimo ¿cómo ha de sentirlo? Este ser con este desconocimiento absoluto de los deberes y del amor, se convierte en instrumento del mal en manos del hombre brutal que las impela.

¿Se quejarán después los mismos que la han formado?... No han visto en ella el tierno capullo, la flor delicada, que manos crueles deshojan sin compasión; no ven la esclava, la heroína anónima, la pobre mártir que la ambición, la ignorancia y el orgullo, sacrifica al egoísmo!

¿Acaso la mujer ilustrada, la que piensa en declararse *independiente*, no tiene una misión que cumplir, con la que el destino ha hecho esclava, siendo al nacer tan pura y tan delicada como ella?

Pero esto lo trataremos otro día, y creo que hallará la sociedad mucho que hacer en asunto tan interesante.

Catalina Narváez.

(De la revista «El Ateneo Obrero de Badalona».)

Impresiones

de un emigrante

ACABA de llegar a mis manos un número de GUÍA DEL TRABAJADOR, correspondiente al pasado mes de mayo, el que, como todos, he leído con sumo gusto y complacencia.

Un escrito inserto en él que trata de emi-

gración, cuyo autor aboga e incita a las autoridades para que pongan lo que de su parte esté, para impedir esa avalancha que tan a menudo emigra de su país natal, en busca de ilusionadas fortunas, me sugiere hacer algunas consideraciones y decir algo acerca del particular.

Verdaderamente la mayoría de los que emigran para las Américas, lo hacen inducidos a probar fortuna. Sin embargo, no se puede hablar de una manera absoluta, puesto que son distintas las causas que lo motivan: mientras unos emigran por propio capricho, fascinados sólo por el oro, no obstante pasar en su país una vida relativamente bien, otros, no tan halagüeña su situación, lo hacen impulsados de remediar en algo su manera de vivir y si podrán aligerar la pesada carga que toca llevar al desgraciado obrero; y otros emigrantes hay — y éstos son los más dignos de compasión — que emigran por necesidad forzosa, porque a pesar de haber intentado remediar su crítica situación, no encuentran solución, ni paliativo siquiera, para sus males; antes bien, son tan negras las circunstancias porque atraviesan, que no hallan más que penalidades por doquier, viendo cómo de día en día la miseria se va enseñoreando en su hogar; y agotados todos sus recursos, cansados ya de sufrir las mil humillaciones de aquellos que han sido los causantes de aquel estado de cosas y darse cuenta exacta de la ruindad y villanía de aquellos hombres dotados de alma vil y miserable, entonces optan por emigrar, les queda aún en sí una débil esperanza y se deciden irse lejos, muy lejos: allá al fin del mundo si preciso fuere, tomando esta definitiva decisión, quizás para no echar un estigma al buen nombre de su honrada familia, vengándose, como debieran hacerlo, de los criminales causantes de su ruína y de la desgracia nunca perdonada llevada al hogar sacrosanto y de alta conmiseración.

Entonces aquel hombre se ausenta de su país, impulsado por un estado desesperante; se ausenta de su patria querida contra su voluntad para internarse en tierras extra-

ñas, pero con disposición decidida a arrastrar con tesón y valentía cuantos obstáculos a su paso se opusieren: a nada teme, nada le intimida; y al estampar el ósculo de despedida en el rostro de su adorada esposa y besar enloquecido las caritas tiernas de sus amantísimos hijos, vuelven a bullir en su cerebro ideas nefastas, pensamientos terribles; jurando por lo más sagrado de este mundo que antes de llegar a un fracaso absoluto, le conceda el Destino ocasión propicia, para que a lo menos le quede el consuelo en medio de su desgracia de poder saciar aquella sed de venganza que le abrasa y le aniquila.

Son, pues, distintos los móviles que impulsan al emigrante a abandonar su patria; como igualmente son distintas las peripecias que a unos y otros les toca pasar en tierras desconocidas.

Al llegar aquí, en Cuba, por ejemplo, pasan y tropiezan por vicisitudes mil; pues de no llevar consigo en el acto de desembarco por lo menos treinta duros plata española, son conducidos al departamento de Tricornia, donde empiezan a purgar allí sus pecados, permaneciendo en aquel establecimiento, que no tiene nada de agradable, hasta que algún capataz poco escrupuloso los contrata como borregos, para talar caña u otras faenas pesadas, que ni en tiempo de los esclavos el trato era peor.

Si el inmigrante antes de desembarcar es poseedor de la cantidad exigida (que son muy pocos que lleven ese dinero) o tiene algún familiar o amigo que se interese por él, entonces les facilitan el desembarco después de escrupulosa inspección facultativa y previa una carta de garantía presentada al departamento de inmigración, en la que consta que tal o cual casa de crédito responde que no será para el Estado factor molesto y pesado.

Acostumbrado como está a que en su país todo el mundo cuenta y paga por pesetas y céntimos de ídem, se admira, como de los pocos duros que al desembarcar llevaba, se le hayan ido sin darse cuenta; pues apenas ha tratado de poner pie a tierra, se le ha

hecho trato por pesos y por centavos, y queda, si no al cabo de pocas horas, en pocos días, a la *luna de Valencia*...

Respecto al inmigrante que no tenga familiar ni amigo que por él interceda, veremos que al cabo de pocos días busca desesperadamente ya trabajo por doquier, porque ve que solamente le quedan unas pesetas, que no obstante de economizar lo increíble en manutención, no satisfaciendo ni la mitad de lo que su estómago le exige, sólo le queda dinero para pasar malamente un par de días, hasta que pocas horas después, le ha llegado ya el momento fatal.

Llega la noche y en la posada donde duerme le manifiestan que hay que adelantar los veinte o cuarenta centavos para poder descansar y como que bien contadas, sólo le quedan unas *perritas* para comer al día siguiente, sabe Dios cómo, opta por abandonar el dormitorio y se encamina sin saber dónde, hasta que da con uno de los parques públicos y toma asiento en uno de aquellos bancos solitarios.

Poco después de permanecer sentado, ve aparecer a alguno que otro transeunte, que no le resultan estas visitas muy tranquilizadoras, pues los hay de toda raza y aspectos y con sorpresa ve, que como él, van tomando asiento en los bancos próximos al suyo.

Estos «personajes», *habitantes de la luna*, como aquí se les llama, tienen la misma procedencia de él; son emigrados también de su país que hace meses llegaron aquí y no tienen donde recostar su cabeza, y para poder alimentarse algo, tienen que acudir a hacer las mil ridiculeces, a comer las sobras de alguna fonda, si tienen la suerte de dar con un amo de algún sentimiento humanitario; pues de lo contrario, se acostumbran a alimentarse como los camaleones... o hacer riguroso desayuno.

Sentado en aquel banco, acuden a su mente pensamientos muy extraños: recuerda con compasión aquel pueblo que abandonó, del cual conserva recuerdos gratos, en cuyo pueblo, aunque no podía vivir con esplendor, en cambio, no le faltaba una casa para

guarecerse, ni un plato de potaje para poder saciar su hambre.

Si se trata de un emigrante caprichoso, maldice una y mil veces el día que concibió la idea de emigrar, y si el desgraciado es de los que haya tenido que hacerlo por desesperación, forzadamente, se arrepiente de no haber realizado aquella venganza tantas veces acariciada y maldice todo lo existente, y momentos tiene en que aquella esposa, con la que había compartido horas de expansión y de alegría, y aquellos hijos que tanto quería y tanto se interesaba, momentos llegan, repito, en que los olvida por completo: no los quiere ya; ya no les ama, y aquel amor ardiente y vigoroso que por ellos sentía antes, se trueca en fría indiferencia y en sarcasmo pasmoso; y como impulsado por un resorte se levanta bruscamente de su asiento, decidido a acabar con sus días, y se encamina hacia las paralelas de los eléctricos, deseando de corazón se desprenda uno de aquellos cables y le hiera mortalmente.

No logra su deseo; parece que hasta el sino se opone a sus intentos, y luego, tranquilizado algún tanto, hace comparecencia nuevamente en aquel parque que momentos antes había abandonado, y transcurridas unas horas trata de ver si podrá conciliar el sueño y se dispone a recostar su cabeza en el respaldo de aquel duro banco.

Apenas dormido, es despertado bruscamente por un fuerte golpe recibido en una rodilla, apareciéndosele un vigilante que, taquete en mano, le vuelve a amenazar, y con palabras gruesas le intimida para que no duerma; y que no trate el desgraciado de replicarle, porque, de hacerlo así, puede tener por seguro que su cuerpo irá a parar en el Vivac, establecimiento correccional que no debe tratar a sus huéspedes muy bien, puesto que todos los habitantes huyen de él.

Y esto le está pasando un día y otro y muchos días.

Debido a que mis ocupaciones cotidianas son nocturnas, al salir por la madrugada tengo precisamente que atravesar el Parque Central, y muchas veces he tenido ocasión de

presenciar escenas como las descritas y otras distintas que no dejan de tener su parte dramática.

No basta, no, que aquel hombre haya gozado siempre de intachable conducta y haya sido dechado de honradez; pues como no tiene relación alguna y absolutamente a nadie conoce, es medido por el mismo rasero de los demás, teniéndole las mismas consideraciones que a los golfos de oficio.

Busca trabajo por todas partes, quizás en su oficio no sea de los más zurdos; pero sea por lo que fuere, la cuestión es que no puede colocarse en parte alguna. Entonces decide ponerse a criado de mano, pero como en su vida ha servido en mesa alguna y no puede presentar recomendación que le garantice su conducta, desiste de sus pretensiones; hasta que pasados algunos meses después de haberse dedicado a trabajos rudos y asquerosos, que ha tenido que renunciar por no poderlo resistir su complexión, llega un día *feliz* en que puede dar con una colocación en su oficio, y poco a poco su situación va mejorando. Pero hasta que no ha podido llegar a ese punto, ha tenido que pasar de *verdes* y de *maduras*.

No obstante todo lo expuesto, los que cuentan con el apoyo de algún familiar o buen amigo, no pasan, por consiguiente, las calamidades aludidas, aunque en su mayoría no dejan de tener que capear rudo temporal, que les queda huellas y recuerdos para toda la vida.

Un emigrante.

Habana 15 junio de 1912.

La nueva edición de la Gramática de la Academia

(CONTINUACIÓN)

(b) (p. 338) «Para el efecto de la acentuación prosódica, los verbos con analítico deben considerarse como una sola palabra, llana o esdrújula: *matóle, ámale.*»

Pero, muy señor mío, si la palabra *matóle* es una sola palabra llana, ¿a qué viene ese acento? Los acentos no se debían escribir nunca sino cuan-

do no están en su sitio corriente. Encontrándose pues el acento prosódico en su sitio corriente en la palabra *matóle*, que la misma Academia nos dice es una sola palabra llana, ¿por qué se ha de marcar? ¿No se pronunciaría dicha palabra precisamente de la misma manera si no llevara acento? Si la palabra *mátóle*, primera persona del presente de indicativo, es una sola palabra, y debía por lo tanto marcarse como esdrújula, entonces, para ser consecuentes, la palabra *matóle*, tercera persona del pretérito perfecto del mismo modo, siendo una sola palabra llana, parece que no debía llevar acento alguno. En todo caso, es un acento inútil, y todos los acentos inútiles debían suprimirse.

(c) (p. 363) «La y final, aunque suene como vocal, se considera como consonante para los efectos de la acentuación: v. gr.: Godoy.»

¿Por qué, pues, en la página siguiente, se acentúan *Túy* y *Espelúy*?

(d) (p. 365) No comprendo por qué no se condena y suprime de una vez el sendo acento en el adverbio *sólo*. Si la Real Academia no ha de imponerse, cuando le asiste la razón, ¿para qué sirve? Aquí no hay cuestión de mayor énfasis, fuerza ni intensidad de la pronunciación. Y la prueba es que, para el caso, hubiera sido indiferente que, en vez del adverbio *sólo*, se acentuara el adjetivo o el sustantivo *solo*. Creo que, como he dicho antes, el emplear el acento en castellano, no para marcar mayor intensidad de pronunciación, sino como signo diacrítico, para distinguir los sentidos de dos o más palabras, es falsearlo, pues ese no es su legítimo oficio. Y ¿por qué ha de acentuarse el adverbio *sólo*, y no tantas otras palabras, incluso todas las homónimas que se emplean en distintos significados?

(e) (p. 343) «Los nombres substantivos y adjetivos, al hacerse plurales, suelen cambiar de acento según la estructura material de la palabra.»

Quizás resulte un tanto confusa esta advertencia de la Academia referente al *cambio de acento*, porque, en los casos que cita, pudiera decirse que, en distintos sentidos, ha habido y no ha habido tal cambio de acento. Me explicaré. La razón por qué, por ejemplo, el nombre *cráter* se titula llano en singular y esdrújula en plural, es precisamente porque el acento que llevan los nombres en singular es *inamovible* y no se corre jamás al tomar dichos nombres la inflexión del plural; y en esto, que es lo importante, es en lo que se debía fijar la atención del estudiante, más bien que en el *cambio de acento* a que se refiere la Academia, y que casi, casi no merece los honores de una advertencia. La única excepción, si no estoy equivocado, es el nombre *carácter*, en que el acento pasa de la sílaba segunda, que ocupa en el singular, a la tercera que ocupa en

el plural; resultando de este verdadero cambio de acento que, en el sentido de la Academia, no ha habido cambio alguno, pues, tanto en plural como en singular, la palabra se titula llana. ¿Se podrá decir sin alguna confusión que, por ejemplo, en las palabras o frases, *robó*, *robóme*, *robómelo* ha habido cambio de acento? Y si dichas frases se acentuaran y se pronunciaran como agudas las tres, *robó*, *robomé*, *robomeló*, ¿habría o no cambio de acento? ¿En cual de las dos series de palabras sería más notable el cambio de acento? El mismo cambio o la misma falta de cambio de acento a que alude la Gramática, ocurre también en el caso de otras inflexiones que no son la del plural de los nombres. *Mato* y *matamos* (en que se ha corrido el acento prosódico de la primera sílaba en *mato* a la segunda en *matamos*), son palabras llanas las dos. ¿No ha habido cambio de acento? *Amaré* y *amaremos* (en que *no se ha movido el acento* de la sílaba *re*), son palabras respectivamente aguda y llana. ¿No ha habido cambio de acento?

(Continuará).

La mujer ideal

Soneto

Acaso la forjó mi fantasía,
y de la mente plácida quimera,
tal vez en vano mi ansiedad espera
en forma de mujer hallarla un día.

Ella es de mi razón único guía,
de mis pasiones única barrera,
y siempre he de querer lo que ella quiera,
pues yo a su voluntad rendí la mía.

Ensueño vagoroso del deseo,
yo sus encantos en mi pecho abrigo
y sólo el mundo de su amor poseo.

Mujer la aguardo, sombra la persigo,
y en mis delirios de placer la creo
nacida en mí para morir conmigo.

F. Fábregues Pons.

Los dos crepúsculos

Para la Sección Ateneísta Femenina

LA campana del reloj de la aldea, una tras otra y con mucha pereza, ha señalado las siete; la campana del reloj, con su ritmo y su son, a estas horas parece añorar el tiempo pasado; ¡las sie-

te!... y su canto grave, medroso, se enseñorea de los campos, casucas y hórreos, como la serenata de un idilio bíblico.

A poco el esquilón de la iglesia sacude la débil nostalgia con su tañido agórico; el día se tapa con la colcha mullida de un cielo nuboso; allá por poniente, entre jirones sangrientos de ocaso y siluetas recortadas de la cresta del monte, el día que fué se quema en el rescoldo y la brasa de un fuego profético; las ranas croan en el charco; el cuco ha cantado quince veces sobre el hórreo; la niña bonita ya tiene novio.

Como en un solar de brujos y endriagos, y en un punto y hora, las gentes de la aldea, con la cabeza tocada, con las sayas pardas las mujeres, al aire los mechones del pelo crespo, blandiendo hachones y candilejas, se afinan y componen; en la portada de la iglesia, un monago rojo como un pimiento, sacude frenético una campanilla, y su chillido insultante hace doblar el gesto y el cuerpo de las buenas gentes; el esquilón, sobre el poblado reparte ayes de misterio y plañideras; en los portones de las casucas y bajo el suelo de los hórreos, titilan breves las luces de cirios y candilejas; un gato en un portón salta tras una libélula que mosconeá entre sus ojos y el cirio; el viático pasa presto y vuelve tranquilo; le acompaña un rumor manso de pleglaria; en la alcoba, que huele a incienso y cera, con la luz de la lamparilla, se apagan unos ojos; un pecho se ensancha, una boca se abre y da paso a un suspiro; el perro aúlla en la corraliza: un cuco ha cantado trece veces sobre el hórreo; unos labios quisieron sonreír, y dibujaron una mueca.

Miguel G. Valenzuela.

Por Orfila

Menorquines: Lanzada hace años la idea noble de elevar un monumento al ilustre menorquín doctor Orfila, de grata memoria, no llegó a cristalizar. Una segunda tentativa, no logró tampoco levantar los ánimos con miras de perpetuidad y premio a la labor fecunda y de encomio universal realizada por tan insigne patricio. De nuevo, y por tercera vez, se vuelve ahora sobre el asunto, y a juzgar por las buenas disposiciones de la Comisión ejecutiva ya en funciones y las de nuestro Ayuntamiento, parece ser que ahora va de veras. Nuestro representante en Cortes también, con una espontaneidad que le honra mucho, está haciendo las gestiones pertinentes para que la erección de ese monumento sea un hecho; prueba elocuente, la proposición de ley que

ha presentado al Congreso, solicitando la donación del bronce para la estatua.

Fuera un sarcasmo sin nombre que la voluntad del país no respondiese al llamamiento y a los esfuerzos de cuantos trabajan en ello, por amor a lo que significa como signo de cultura y patriotismo nacional.

De esperar no es que ocurra así. Nuestro peculiar civismo es sumamente grande y de amplísimo criterio, para no consentir que por tercera vez se repita el curso de una apatía inconcebible.

No; distinto ya el ambiente del de otros tiempos, aunaremos nuestras voluntades, nuestras energías para que el sabio menorquín sea homenajeado en Menorca como se merece, no como lo ha sido hasta aquí.

Juventud Ateneísta

Ansiosa esta Juventud Ateneísta de procurar entre los afiliados a esta Sección el mayor progreso cultural y artístico posible, a la par que cumple con lo preceptuado en el reglamento por el cual se rige y en el que no pasan desapercibidos los concursos artísticos y literarios, y visto el hermoso resultado obtenido en todos los actos culturales que se celebraron, inicia el presente concurso como ensayo de otros mayores que en plazo no lejano deberán celebrarse, confiando que todos los afiliados que estén en condiciones para ello concurrirán para dar mayor realce, no sólo a la Sección, si que también al «Ateneo Obrero», dando de este modo una prueba de las muchas que tienen dadas de su afición y amor a lo bello, de su amor al trabajo y al progreso artístico y cultural.

Dicho concurso será regido por las bases que a continuación se expresan:

BASES

- 1.^a Es condición precisa, para tomar parte en el presente concurso, ser socio activo o protector de esta Sección.
- 2.^a Todos los trabajos presentados llevarán por firma un lema, yendo acompañados de un pliego cerrado en el cual se consignará el lema del trabajo y nombre del autor.
- 3.^a En el sobrescrito de dicho pliego llevará la siguiente inscripción: «Señor Presidente del Jurado calificador del concurso artístico de dibujos del Ateneo Obrero».
- 4.^a Queda de tiempo para la remisión de trabajos, desde la fecha en que se publican estas bases, hasta el día 1.º de noviembre del corriente año,

a las nueve de la noche, en que se cerrará este concurso.

5.^a El Jurado que se nombre para examinar los trabajos presentados, los separará en tres grupos y en la forma siguiente: 1.º, trabajos al carbón; 2.º, a la tinta, y 3.º, al lápiz; habiendo para cada grupo tres premios y los accésits y menciones honoríficas que éste estime conveniente.

6.^a Compondrán el Jurado calificador los señores presidentes del Ateneo, de las Secciones de Ciencias, Artes y Oficios, y de la Juventud Ateneísta o el que en su defecto le represente.

7.^a Los trabajos presentados, una vez verificado el reparto de premios, se entregarán a sus autores, siempre que éstos lo soliciten, o quedarán de propiedad del Ateneo en caso contrario.

8.^a Todo concursante puede concurrir a este con tantos trabajos como crea conveniente, pudiendo, por lo tanto, optar a uno o a varios de los premios consignados a los tres grupos del concurso.

Mahón, septiembre 1912.

El Presidente,

Pedro Goñalons.

Maravillas de la mecánica moderna

Un corazón de Bronce

EL profesor George Poe, de Norfolk (Virginia), acaba de inventar una máquina para respirar artificialmente.

Dicha máquina ha recibido el nombre de Brass Heart (corazón de bronce) y, después de los resultados obtenidos, está llamada a salvar millares de personas que, de otra manera, hubieran perecido asfixiadas en las minas o después de una larga inmersión en el agua.

Haciendo inhalar y exhalar artificialmente el oxígeno, el profesor Poe ha podido suspender la respiración natural durante más de diez minutos; los animales declarados muertos por los médicos han sido vueltos a la vida rápidamente.

El aparato está construido de manera que puede semejar lo más posible al corazón humano. Se compone de dos cilindros provistos de válvulas, que corresponden a las aurículas y a los ventrículos de estas vísceras. Durante su funcionamiento se introducen dos tubos en la laringe y en las narices del paciente. Mientras que uno de los tubos as-

pira el gas venenoso de los pulmones, el otro introduce la fuerza vital del oxígeno.

Para probar el aparato se inyectó a un conejo una cantidad de morfina capaz de fulminar a un hombre, y después se le inyectó éter.

Cuando se habían probado todos los medios para volverlo a la vida, y cuando los médicos declararon que el animal estaba perfectamente muerto, se hizo funcionar el aparato del doctor Poe y el conejo volvió en sí después que hacía media hora que le fué aplicada la inyección de morfina.

Manuel Arco.

Información del Ateneo

DONATIVO. — Ha ingresado como donativo del ateneísta don Jaime Roselló, un precioso retrato del doctor Orfila. La Junta Directiva, en atento oficio, dió las más expresivas gracias al donante.

— BIBLIOTECA. — Por dimisión del que era Presidente de esta Sección don Juan Sintés Serra, ha sido elegido para dicho cargo el ateneísta don Miguel G. Valenzuela. Felicitamos a dicho señor.

— INVITACIÓN. — Correspondiendo a la atenta invitación del Sr. Alcalde de esta ciudad para presenciar el examen de los carruajes, caballerías y demás material con destino al servicio de limpieza pública de esta población, asistió al acto uno de nuestros redactores en representación de este boletín.

La parada se efectuó en el sitio denominado *Campo de Juego* el último domingo de agosto día 25.

Agradecemos la atención.

— SECCIÓN ATENEÍSTA FEMENINA. — Por dimisión legal y justificada de la secretaria de esta Sección señorita Rosa Fábregues, ha sido nombrada por unanimidad para ocupar la vacante, la señorita Juanita Ribé Asencio, a quien damos nuestra más cordial enhorabuena por la distinción, bien merecida.